

Ciepp

CENTRO INTERDISCIPLINARIO PARA EL ESTUDIO DE POLITICAS PUBLICAS



## ***La decepción de la clase política y sus promesas democráticas***

**Rubén M. Lo Vuolo**

*“No existe una distorsión más perjudicial de la fuerza política que el fanfarrón advenedizo con poder y la vana auto-contemplación en la sensación de poder y en general todo culto al poder per se. El mero ‘político por el poder’ puede producir un gran efecto, pero en realidad su trabajo no conduce a ninguna parte y carece de sentido”*

Max Weber, Ensayos de sociología contemporánea

Hace tiempo que el sistema político argentino no cumple con su función de otorgar legitimidad al poder político, proteger a la población de los crecientes riesgos sociales y consolidar la integración social promoviendo la igualdad de oportunidades de vida de la población. El desprestigio del sistema de

partidos políticos quita efectividad a las políticas públicas, desgastando al sistema económico y a otros subsistemas sociales como el educativo, el sanitario, el de seguridad social, etc. No se trata de un problema coyuntural que “ya pasará”, sino de uno de largo plazo que es la lógica consecuencia del incumplimiento por parte de la elite dirigente de las promesas democráticas levantadas hace casi cuatro décadas.

La elite dirigente argentina ha vaciado al sistema democrático de calificativos como “soberanía del pueblo”, “bien común”, “participación”, “pluralismo”, “opinión pública”, “autonomía del voto”, etc. En su lugar, el sistema democrático argentino se ha vuelto un mecanismo caracterizado por su falta de imparcialidad, por la ausencia de moralidad y por la incapacidad para promover el bienestar general. Este mecanismo está manejado impunemente por un grupo reducido de corporaciones que conforman una “poliarquía” que trabaja para la auto-reproducción de sus privilegios.

Todo lo anterior se traduce en incertidumbre, perplejidad y temor de la población, tanto en el presente como hacia el futuro, lo cual deriva en formas impredecibles de cambio político. Así, el comportamiento político de la ciudadanía

es cada vez menos aprehensible y la principal explicación está en la degradada oferta política que conforma su rango de elecciones. El aumento de la abstención en el voto y el crecimiento electoral de grupos que se presentan como anti-sistema, son algunas de las evidencias de lo señalado.

### **1. ¿A quiénes representan los representantes?**

No son las “masas” las que protagonizan la vida democrática en Argentina, sino las corporaciones que definen la oferta en el "mercado político". La disputa por vender productos políticos no es muy diferente a la competencia por imponer un producto comercial en la esfera económica. De hecho, cada vez son más similares las técnicas y los discursos de las elites en las esferas estatal y privada, lo que facilita la “puerta giratoria” a través de la cual traspasan personajes desde un escenario al otro (alentando sospechas de fortunas privadas acumuladas con fondos públicos).

En la democracia representativa argentina, se ha desdibujado la distinción entre el Estado, entendido como la "esfera pública" de los intereses generales, y la "sociedad civil", entendida como el área de los intereses privados y particulares. Esto se corresponde con otra evidencia: una gran parte del poder político es ejercido por elementos poco visibles. Se ha producido una radical dispersión de la esfera pública y una apropiación jerárquica de sus espacios por grupos que representan intereses particulares. Estos grupos se independizan de la voluntad y expectativas de la población y no asumen ninguna responsabilidad por sus acciones que hace tiempo atentan contra el bienestar de las clases subordinadas. No debe sorprender la apatía y falta de motivación de la

ciudadanía frente a las opciones electorales dado que, en estas cuestiones, el elitismo democrático se confunde con el elitismo social y económico.

Lo que mueve al sistema político argentino es una red de vinculaciones transversales y de intercambios entre agentes que negocian intereses particulares con prácticas del tipo “hoy por ti, mañana por mí”. Pese a la retórica encendida y beligerante, en la práctica se busca evitar la competencia en temas relevantes, gracias a la proliferación de métodos propagandísticos similares y sustentados en eslóganes abstractos. Como resultado, el sistema político argentino sigue una lógica "oportunista", en donde no priman las expectativas ni la opinión del electorado sino de grupos de interés de los que los partidos políticos son un componente clave. En este contexto, es ilusorio suponer la existencia de una "voluntad general" que puede transmitirse y ser representada por personas a quienes se confía la ejecución de las decisiones colectivas.

Aquí está la raíz de la “crisis de la representación” derivada de la falta de conexión entre expectativas de representados y acciones de representantes. Esa representación debería residir, no en una cesión de poder sino, más bien, en la aptitud de quienes tienen la responsabilidad de ser representantes, para interpretar y proteger los intereses y puntos de vista de la población representada. Cuando esto no sucede, la democracia se vuelve una mera práctica eleccionaria, un procedimiento formalizado para la constitución de un órgano del Estado. Es una forma institucional cuya legitimidad se acepta sobre la base de la participación de un gran número de ciudadanos en la designación de una multiplicidad de cargos. Y no mucho más.

Para los partidos políticos de Argentina, como órganos burocráticos del sistema político, su objetivo no es el bien común y el interés general; en su lugar, lo que buscan es la estabilidad del régimen político que los tiene como protagonistas. Su papel en el sistema democrático se vincula al crédito que prestan a la ficción institucional de la representación política de la ciudadanía, ayudando a mantener viva una imagen de la arena política como espacio abierto e igualitario, cuando en la práctica es cada vez más cerrado y desigual.

## **2. ¿Qué valores persigue la democracia argentina?**

Así, el sistema político argentino abandonó su función de protección de la población contra los riesgos que enfrenta en un mundo de vida cambiante y cada vez más incierto. En su lugar, el sistema político se ocupa de su auto-reproducción y del control del conflicto social. Todo esto no lo hace mediante una práctica participativa, deliberativa y consensuada, sino mediante la imposición de “hechos consumados”, que tienen poco que ver con fundamento éticos, deberes cívicos, intereses comunes o códigos morales universales en una sociedad cada vez más desigual.

La profunda desigualdad de la sociedad argentina es también el resultado de esta práctica política. El modo en que las personas se integran a la sociedad argentina no es el consenso moral o ideológico sobre las formas de su funcionamiento, como debería ser en una democracia legitimada en sus rendimientos concretos. Más bien es la inseguridad (sino el miedo) frente a todo tipo de amenazas, la falta de alternativas de elecciones de vida (incluyendo la política), la búsqueda de reconocimiento

(y de privilegios) por las jerarquías de poder establecido, etc.

Esto es muy grave porque una de las funciones principales del sistema político democrático, en las complejas sociedades contemporáneas, es proteger a las personas de los crecientes y diversos riesgos sociales. Y esto no debe hacerlo por conductas arbitrarias de líderes con carisma, sino mediante instituciones independientes de los cambios eventuales en los cargos políticos. En lugar de hacer eso, el sistema político argentino promueve el miedo y la inseguridad como forma de competencia política.

Como prueba, basta señalar recientes declaraciones de encumbrados funcionarios que, desde su posición de poder, amedrentan a la población augurando escenarios violentos si su grupo pierde las elecciones. No hay peor forma de degradación del sistema democrático: el cambio de representantes en los puestos políticos no es un problema sino la esencia del sistema. Si ese cambio deriva en caos y violencia social, significa que la democracia existente en la realidad no atiende sus responsabilidades y funciones. En este contexto, las personas sienten que están abandonadas a su suerte en medio de un ambiente hostil e incierto.

Esto es mucho más grave por el aumento de la complejidad social y de la desigualdad en la distribución de las oportunidades de vida. Un ejemplo es la desigual distribución de la probabilidad que las personas tienen (o creen que tienen) de ser sujetos de violencia física, pero también abarca a la desigual distribución de los riesgos de la pérdida del empleo e ingresos, del fracaso escolar, del acceso al sistema de salud, de la obsolescencia personal frente al cambio tecnológico acelerado, etc.

La prueba de esta desigualdad no está solo en los alarmantes registros de pobreza y de vulnerabilidad social. También, en la constatación de prácticas de grupos opulentos que buscan la “secesión social” construyendo sus propios entornos de vida, creyendo que su poder económico los habilita a comprar valores de orden público como la “seguridad”, la educación, la salud, etc. Esta pretensión es errónea y cada vez corroe más a la integración social, al tiempo que muestra los valores que movilizan a la clase dirigente que habilita y hace negocios con el miedo y el clasismo de ciertos grupos.

Es cierto que los recursos son desiguales para afrontar diversidades, pero es muy difícil asegurarse individualmente frente a fenómenos como los permanentes cambios tecnológicos, amenazas financieras, crisis ambientales, presión demográfica, conflictos armados, esquemas de consumo insostenibles, etc. Si bien hay diferentes capacidades para enfrentar a estos riesgos de forma privada, nadie está totalmente exento de los daños que los mismos provocan. Nada es más seguro que vivir en una sociedad igualitaria con un poder político legitimado por sus acciones y los valores universales que defiende.

En contraste con este ideal, la inoperancia sino desidia en atender estos riesgos con impactos desigualmente distribuidos, desdibuja los valores tradicionales que se suelen adosar a las democracias representativas del interés general de la ciudadanía. En su lugar, crece la variedad de particularismos y la incompatibilidad mutua de las expectativas sociales de las personas que tienen acceso muy desigual a la propiedad, el prestigio, el dinero, el poder, el uso del tiempo, la información, etc. En este contexto, se vuelve totalmente

inaprensible la propia noción de “bien común”, como un objeto de la voluntad popular (y, con ello, como un postulado esencial de la democracia participativa).

Con estas prácticas del sistema político argentino, es muy difícil que la ciudadanía (y la dirigencia) entienda lo que es bueno tanto para sí mismo como para el conjunto de la sociedad. Mucho más difícil es llegar a acuerdos por medio del razonamiento, la discusión y la persuasión, incluyendo los acuerdos sobre los postulados fundamentales de la justicia o de la igualdad social. Esto no puede lograrse si el poder político se vuelve autorreferencial, más preocupado por la reproducción de sus privilegios que por la eficacia de su gestión; por neutralizar la disidencia, que por lograr legitimidad consentida; por acumular riquezas privadas, que por generar bienestar público.

### **3. ¿Son libres y autónomas las personas para elegir?**

En este contexto, es un error metodológico, teórico y práctico seguir hablando de la “libertad” e incluso de la “autonomía individual” en las elecciones políticas de las personas. Aquí también la democracia argentina funciona como los mercados, donde es un error proclamar la autonomía de los consumidores frente a ofertas oligopólicas y monopólicas, junto con una distribución de recursos profundamente desigual para la demanda. Mucho más, si se considera que, en la práctica, las personas tienen una probada atención limitada a la acción política, especialmente si están desesperadas por cubrirse individualmente de riesgos que atentan contra su propia supervivencia.

En este contexto, cuando votan para elegir entre opciones políticas, las

personas no toman decisiones autónomas y mucho menos informadas imparcialmente. Más bien lo hacen con preconceptos irracionales, impulsos vagos y emocionales influidos por lemas propagandísticos e impresiones ambiguas. La oferta política es consciente de ello y de forma utilitaria profundiza su gasto en propaganda electoral.

En consecuencia, las elecciones de cargos, en cualquier corporación de la poliarquía argentina, se ha vuelto un juego donde crece el espectro de propagandas y técnicas publicitarias, junto con liderazgos personalizados que evitan comprometerse con argumentos racionales. Así, se anulan las capacidades críticas del receptor del mensaje frente a productos políticos indeterminados y con poca relación con la experiencia cotidiana. La práctica política cotidiana en Argentina no contiene ningún "sentido de la realidad" y mucho menos "sentido de la responsabilidad".

Consecuentemente, no debe asombrar que sea escaso el tiempo de deliberación y que las decisiones se tomen siempre en condiciones de emergencia crónica y sin considerar cuestiones trascendentes para la sociedad. Esta práctica quita toda referencia a determinados valores, motivos racionales o resultados colectivos. Un resultado conocido de estas prácticas es la ausencia de planificación o siquiera programación razonable de las políticas públicas, que es la raíz del agobio y casi eterno problema económico del país. Un ejemplo cotidiano es la maraña de proyectos de ley y normas de todo tipo que no son conocidas por el público e incluso son desatendidas sistemáticamente (incluso por el propio sistema político que permanentemente "judicializa" su gestión). Esta "inflación" de normas que terminan sin aceptarse en la práctica es

otro elemento que desgasta la legitimidad del sistema político.

No es posible en este escenario que la "opinión pública" expresada en el voto exponga de forma auténtica y racional el interés general y el bien común. El público electoral se muestra saturado y disperso por las diferencias abismales entre la retórica de la oferta electoral y la práctica de la acción política de la elite dirigente. En lugar de atender las expectativas de la población, el sistema político gasta recursos en las llamadas encuestas de opinión electoral que no sirven para realizar análisis sobre las cuestiones relevantes para el funcionamiento social; sólo otorgan cierta información para la venta publicitaria en el mercado político. Es un modo superficial de jugar a la soberanía popular cuando el pueblo está apartado de las decisiones más relevantes y quebrado en divisiones económicas y sociales cada vez más profundas.

#### **4. Salir de un régimen político apropiado y manejado por una elite**

En fin, luego de tantos años de democracia argentina, se ha ido conformando una "corporación propietaria" del sistema político argentino. Tal es así, que ese poder se ha vuelto incluso hereditario como lo demuestra la distribución de cargos a familiares y amistades en la mayoría de las corporaciones de la poliarquía argentina. Esto ensancha la cantidad de personas que dependen económicamente de la maquinaria del poder político, lo cual repercute en empleo público sin filtros de probidad y capacidad, facilitando prácticas de corrupción público-privada. Esto ha hecho desaparecer el voluntario político ideológico y no pago, diluyendo las identidades partidarias y vuelve a los



partidos espacios para realizar una carrera laboral con privilegios.

En síntesis, el régimen democrático en Argentina no se define por los valores que protege y los objetivos que persigue en bien de la población, sino por los procedimientos de la "producción" del gobierno y del poder político. En estas condiciones, el método democrático es compatible con cualquier objetivo y cualquier valor social e individual. Es muy improbable que este sistema político acate la voluntad del pueblo, persiga valores universales de contenido ético positivo o se ocupe de la protección y la movilidad social de los grupos sociales más subordinados.

Luego de tantos años de recuperada la práctica eleccionaria en el sistema político argentino, gran parte de las promesas democráticas esgrimidas a la salida de la dictadura militar, no se han cumplido. Lo que se ha logrado es el sostenimiento de un procedimiento para elegir a las elites políticas en un contexto de pluralidad de grupos interesados en obtener el liderazgo político y el manejo de fondos públicos. Pero en este escenario es imposible que la democracia pueda cumplir con sus tareas protectoras de los riesgos económicos y sociales que amenazan a la población. Mucho menos frente a la velocidad funcional de otros subsistemas sociales, como el científico-tecnológico y el económico.

La democracia se realiza completamente cuando la voluntad heterónoma de las personas se adapta a la diversidad y trasmite un mandato al poder político cuya función es seleccionar un rango de alternativas que cumplan con las expectativas sociales. El poder político debe ejercer esta práctica sobre la base de la prescripción de derechos y obligaciones (en casos particulares, a través de la acción

directa o medidas coercitivas) que prohíben, imponen, promueven o autorizan ciertos comportamientos a las personas y grupos, castigando los comportamientos contrarios.

Así, se supone que ciertos sucesos que se consideran socialmente valorables se vuelven más probables frente a otros, que son postergados o completamente eliminados del campo de posibilidades (o al menos de la consideración de las agentes sociales) porque no lo son. Esta "regulación selectiva de acontecimientos probables" es lo que vincula las expectativas sociales con la acción del poder.

Cuando la mayor parte de la ciudadanía percibe que la selección de acontecimientos probables que realiza el poder perjudica a la mayoría más débil y beneficia sólo a ciertos grupos de interés particular poderosos, se genera un escenario de deslegitimación de las formas de integración social. Por lo tanto, no debe sorprender el crecimiento de la apatía política, de tendencias anti-democráticas y de personajes con ropaje de todo tipo que con recursos y apoyos corporativos ganan votos y simpatías de mucha gente.

La constatación de los problemas de la democracia argentina, y en muchos otros países, debe llamar a la reflexión y a la acción urgente de toda la sociedad. La esperanza está puesta en que: "*todas las situaciones críticas tienen su relámpago que nos ciega o nos ilumina*" (Víctor Hugo, *Los Miserables*). Si no se encuentra la salida de este régimen político elitista e ineficaz, se vuelve ilusoria la pretensión de resolver no sólo los problemas políticos del país, sino también los económicos y los sociales.

***Este artículo fue publicada en  
Revista Ñ (16-6-2023)***

([https://www.clarin.com/revista-  
n/decepcion-clase-politica-promesas-  
democraticas\\_0\\_426SQN1SOW.html](https://www.clarin.com/revista-<br/>n/decepcion-clase-politica-promesas-<br/>democraticas_0_426SQN1SOW.html))